

# **Homilía en la beatificación de los mártires Rutilio Grande, Manuel Solórzano, Nelson Lemus y Cosme Spessotto**

---

**Cardenal Gregorio Rosa Chávez**  
**Obispo auxiliar**  
**San Salvador, El Salvador**

La imagen del Divino Salvador del Mundo que corona este monumento, acoge hoy a un simbólico rancho de paja, la humilde vivienda de nuestros campesinos, y nos invita a sentirnos una sola familia, que retoma fuerzas para seguir caminando. Como los desterrados que vuelven a su casa, el pueblo salvadoreño ve en los mártires que hoy han sido inscritos en el libro de los beatos, una imagen de su propia historia, marcada por alegrías y esperanzas, por tristezas y angustias. En este caminar, ha sentido a su lado al Señor, tanto en los momentos duros como en los de gozo. “Al ir, iban llorando —dice el Salmo—, llevando la semilla; al volver, vuelven cantando, trayendo sus gavillas”. Hoy es un día glorioso, porque estamos recogiendo la cosecha.

¿Quiénes estamos aquí? Somos una representación de todo el pueblo salvadoreño y hemos venido de todos los rincones de la geografía cuscatleca. En nuestra asamblea, hay humildes campesinos y campesinas, que exultan de júbilo, al ver que la Iglesia reconoce la santidad de quienes han dado la vida en su servicio. Hay también representantes de las comunidades que fueron pastoreadas por fray Cosme y por el padre Rutilio. Tenemos con nosotros, en la figura de Manuel Solórzano y del joven Nelson Rutilio, a representantes de “esa inmensa multitud que nadie podía contar”, es decir, de los innumerables mártires anónimos, que forman parte de ese número simbólico de los 75,000 muertos que hemos llorado, a lo largo de la lucha fratricida que nos desangró durante doce años y que terminó, felizmente, cuando las partes enfrentadas firmaron los Acuerdos de Paz.

¿Por qué estamos aquí? La respuesta es muy variada. Llenamos esta plaza y sus alrededores quienes hemos vivido esta experiencia intensamente y quienes

han experimentado en carne propia el drama de la violencia institucionalizada, de la violencia del conflicto armado y de la violencia de todos los días. Los que hemos visto caer sin vida a personas muy amadas, que no tenían nada que ver con el conflicto, las víctimas civiles, y los que “han escapado como un pájaro de la trampa del cazador”. Están también los jóvenes que nos han acogido con amor y entusiasmo como voluntarios. Y fuera de este escenario grandioso, a lo largo y ancho del país y del mundo, tantos hermanos y hermanas, a quienes saludamos con emoción, desde el único país del mundo que lleva el nombre de Jesucristo.

Nos acompañan hombres y mujeres investidos de autoridad, llamados a ser instrumentos de diálogo y de reconciliación, mediante la búsqueda del bien común, así como representantes de países hermanos, que forman parte del cuerpo diplomático. ¡Cuánto les debemos en ese largo camino que llevó al fin del enfrentamiento armado!

### **1. “Estos son los que vienen de la gran tribulación”**

El texto del Apocalipsis que hemos escuchado, ilumina la realidad martirial de la Iglesia en El Salvador. El autor de ese libro sagrado contempla que una “muchedumbre innumerable de toda nación y raza, pueblo y lengua, estaban de pie ante el trono y ante el Cordero, vestidos de blanco y con palmas en la mano” (Ap 7,9). Todos los que forman parte de esta multitud inmensa comparten un rasgo común: “han salido de la gran tribulación, han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero” (Ap 7,14).

De los cuatro mártires de El Salvador, que acaban de ser beatificados, también se puede decir lo que afirma Juan, en el Apocalipsis 7,14: “vienen de la gran tribulación” y “han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero”. En efecto, con su martirio en la guerra fratricida, “una gran tribulación” para nuestra querida patria, “lavaron y blanquearon sus vestiduras con la sangre del Cordero”. ¿Cómo olvidar lo que este drama horrible trajo consigo? Odio, venganza, dolor, destrucción, terror, muerte, calumnias y estigmatización, todos ellos componentes perversos de “la gran tribulación” que compartieron con el pueblo indefenso. Como los mártires del Apocalipsis, su sangre derramada, con la que sellaron el testimonio supremo de su fe, se mezcló con la de todas las víctimas inocentes, cuyos nombres ni siquiera son conocidos (*cf.* Ap 18,26). Pero Dios sí conoce su testimonio. Esta sangre derramada, unida a la de Cristo, es fuente de esperanza para nuestro pueblo. En primer lugar, porque en la persona de los mártires, Dios ha reivindicado a todas las víctimas inocentes. Rutilio, Manuel, Nelson y Cosme dan nombre a todas las víctimas inocentes, ofrecidas en el sacrilego altar de los ídolos del poder, del placer y del dinero. La

sangre derramada por nuestros mártires, asociada a la del sacrificio de Cristo en la cruz, es germen de reconciliación y de paz (*cf.* Ef 2,14-16).

Los cantos que hemos entonado, reflejan bien la rica herencia que nos dejan. Rutilio, cuando devuelve la dignidad a los campesinos, que expresan su toma de conciencia y su compromiso en el Festival del Maíz, nos hace pensar en su bella parábola de la mesa con manteles largos, en la que cada uno tiene un lugar “y a todos alcanza el conqué”. Y aprenderemos el himno en honor a fray Cosme, “mártir de la reconciliación y de la paz”, cuando cantemos: “Devoto de la eucaristía, celoso del templo de Dios, de enfermos y necesitados, tú siempre fuiste bienhechor. Cercano al sufrimiento del pueblo, mediador en favor de la paz, tú fuiste, hasta la muerte, un mártir, un siervo de Dios”.

La “gran tribulación” no vino solo por las muertes violentas, sino también por los estigmas, que marcaron injustamente a la mayoría de las víctimas. ¡Cuánto han sufrido inmerecidamente miles de familias, por causa de la calumnia, de la difamación y del desprestigio, que hicieron su dolor más intenso aún! La lengua, dice la Escritura, puede servir para alabar a Dios y puede también volverse homicida. El reino de Dios es todo lo contrario: es luz y verdad, santidad y justicia, amor, justicia y paz.

Los mártires que hoy veneramos continuaron la obra de Jesús, anunciaron el reino y lo hicieron presente. Fray Cosme Spessotto, durante treinta años de humilde pastoreo. El padre Rutilio, como formador de sacerdotes y en contacto con la dura realidad de los campesinos y los marginados. A la luz del evangelio, los dos fueron descubriendo lo que san Pablo VI, en su visita a Colombia para inaugurar los trabajos del episcopado en Medellín, llamó “miseria inmerecida”. Los dos advirtieron contra la tentación de la violencia, generada por los estragos de la desesperación.

Cada uno llevó a cabo su misión de forma muy original.

## **2. No podemos olvidar su testimonio**

Somos una Iglesia martirial, pero estamos bastante pasivos. No tenemos plena conciencia del tesoro que llevamos en vasijas de barro. Vale para nosotros lo que el papa Francisco dijo en Nairobi, Uganda, en 2015: “Pidan la gracia de la memoria [...] Con la sangre de los católicos ugandeses está mezclada la sangre de los mártires. No pierdan la memoria de esa semilla, para que, así, sigan creciendo”.

Pido al Señor que esta celebración nos despierte y nos ponga en camino. La memoria nos llevará a la fidelidad, es decir, al camino de la santidad. Pero la

memoria y la fidelidad solo son posibles con la oración. La primera urgencia es, por tanto, recuperar la memoria.

En América Latina, el martirio está relacionado con la vivencia del evangelio y del magisterio del concilio Vaticano II y de la Segunda asamblea general del episcopado latinoamericano en Medellín. Rutilio Grande es un ejemplo evidente. En Ecuador, después de hacer el curso del Instituto de Pastoral Latinoamericana y de compartir con campesinos e indígenas de la diócesis de Riobamba, en tiempos de Mons. Leónidas Proaño, volvió a nuestro país, con una clara e inequívoca opción por los pobres. Él encabezó la lista de nuestros mártires. Lo siguieron veinte sacerdotes, tres religiosas y una misionera estadounidense, y cientos de mártires anónimos. El más ilustre de los pastores es, por supuesto, Mons. Romero. No podemos dejar de mencionar a otro obispo, Mons. Roberto Joaquín Ramos, asesinado en junio de 1993. La presencia de dos laicos, Manuel Solórzano y Nelson Rutilio Lemus, es una ventana para asomarse a “una muchedumbre innumerable” de mártires.

Ellos pueden ayudarnos a recuperar la memoria y la esperanza, para que no renunciemos al sueño de un país reconciliado y en paz, un país como lo quiere nuestro Dios: justo, fraterno y solidario. Para ello, hace falta recuperar “el espíritu de los Acuerdos de Paz” y la “hoja de ruta” que allí se trazó.

### **3. Murieron perdonando**

Encontré a fray Cosme una vez. Llegó al seminario y me pidió que le mostrara los barriles que guardaban el vino para las misas de todo el país. En nuestra breve charla, me contó que su padre era viñador y que el vino es un organismo vivo. Para ilustrarlo, me recordó las palabras de Jesús: “vino nuevo, en odres nuevos”. ¿Quién iba a pensar que un sábado 14 de junio de 1980, el mismo año de la muerte violenta de Mons. Romero y de las cuatro misioneras estadounidenses —tres religiosas y una laica—, su sangre se uniría a la de Jesucristo, “el testigo fiel”?

Me llena de gozo que su comunidad parroquial lo venera como pastor. Fray Cosme no se distinguió por su elocuencia, sino por anunciar el evangelio, “si es necesario también con palabras”, al igual que san Francisco, el fundador de su orden religiosa. El título de “mártir de la reconciliación y de la paz”, destaca bien su perfil de fiel seguidor de Jesús. En el fragor de la guerra, no rehuyó el peligro, ni dejó de defender a su rebaño ante las autoridades militares y los grupos insurgentes. Y a muchos jóvenes que encontró en el campo de batalla, les recordó que los había bautizado y los exhortó a dejar el camino de la violencia. Igual que Rutilio, su palabra no fue escuchada, pero dejó claro que la violencia nunca será el camino para alcanzar la paz.

Así lo expresó Mons. Romero, en la misa exequial de Rutilio:

El amor verdadero es el que trae a Rutilio Grande en su muerte, con dos campesinos de la mano. Así ama la Iglesia; muere con ellos y con ellos se presenta a la trascendencia del cielo. Los ama, y es significativo que mientras el padre Grande caminaba para su pueblo, a llevar el mensaje de la misa y de la salvación, allí fue donde cayó acribillado. Un sacerdote con sus campesinos, camino a su pueblo para identificarse con ellos, para vivir con ellos, no una inspiración revolucionaria, sino una inspiración de amor, y precisamente porque es amor lo que nos inspira, hermanos.

Quién sabe si las manos criminales que cayeron ya en la excomunión están escuchando en un radio allá en su escondrijo, en su conciencia, esta palabra. Queremos decirles, hermanos criminales, que los amamos y que le pedimos a Dios el arrepentimiento para sus corazones, porque la Iglesia no es capaz de odiar, no tiene enemigos. Solamente son enemigos, los que se le quieren declarar; pero ella los ama y muere como Cristo: “Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen”.

Fray Cosme nos dio la misma lección. En su breve testamento, que pidió abrir “en caso de una muerte inesperada”, se lee el siguiente texto, que todos conocemos:

Presiento que, de un momento a otro, personas fanáticas me pueden quitar la vida.

Pido al Señor que, a momento oportuno, me dé fortaleza para defender los derechos de Cristo y de la Iglesia.

Morir mártir sería una gracia que no merezco...

De antemano perdono y pido al Señor la conversión de los autores de mi muerte.

#### **4. Conclusión**

Nuestros mártires pueden ayudarnos a recuperar la memoria y la esperanza para no renunciar al sueño de un país reconciliado y en paz, un país como lo quiere nuestro Dios: justo, fraterno y solidario. Para ello, hace falta recuperar “el espíritu de los Acuerdos de Paz” y la “hoja de ruta” que allí se trazó.

El papa Francisco lo expresa de distintas maneras: una Iglesia que “vive la dulce alegría de evangelizar”; una Iglesia “en salida, que sale a la calle,

corriendo el riesgo de tener un accidente”; una Iglesia “hospital de campaña”; una Iglesia que muestra el rostro de Dios: cercano, tierno y misericordioso; una Iglesia que hace presente el reino de Dios; una Iglesia donde todos se sientan “en casa”; “una Iglesia pobre para los pobres”.

San Salvador, 22 de enero de 2022.